

TEOLOGÍA

Angelo BRUSCO y Sergio PINTOR, *Tras las Huellas de Cristo Médico. Manual de Teología Pastoral Sanitaria*. Santander: Sal Terrae, 2001. 21 x 14 cm, 320 pp. ISBN 84-293-1391-5.

“El libro es un trabajo de teología pastoral sanitaria que ofrece las bases teóricas de la acción pastoral entre los enfermos, con orientaciones sobre las modalidades que puede asumir la presencia de la Iglesia en el mundo de la sanidad, en fidelidad al mandato de su Fundador: “anunciad la buena nueva... curad a los enfermos” y teniendo referencia a su caridad misericordiosa como médico de cuerpos y de almas.

Un extracto de parte de su contenido inicial es el siguiente: La relación de Cristo con los enfermos no se limita a las curaciones prodigiosas o milagrosas para demostrar su divinidad y la validez de su enseñanza, sino que también cuida, atiende a la persona en actitud de servicio al hombre como predicaba (Jn 3,1-6). Su atención a los enfermos acompañaba a la predicación (Mt 9,25; 10,7-8), reintegra al enfermo en su comunidad, el cristiano está llamado a “ser Cristo” para con el enfermo y a encontrar a Cristo en el enfermo (Mt 25,36). Las personas consagradas comprometidas con la acción sanadora de la Iglesia han sido reconocidas por Juan Pablo II (DH 11). Muchos cristianos han visto en el servicio a los enfermos, incluso con peligro de sus vidas, la posibilidad de realizar su propia vocación humana y cristiana, a ejemplo de Cristo. Varios cientos de miles de religiosas trabajan en el sector de la sanidad, tanto en sus países como en tierras de misión, varios millares de religiosos que pertenecen a órdenes y congregaciones dedicadas totalmente o a tiempo parcial al ministerio con los que sufren, y son numerosos los miembros de Institutos seculares que desarrollan su actividad en el contexto sanitario.

La pastoral de la salud es la presencia y la acción de la Iglesia dirigidas a la evangelización del mundo sanitario a través de la actualización de la presencia liberadora, curativa y salvadora de Cristo, en la fuerza del Espíritu Santo. El sujeto de la acción pastoral de la salud es la Iglesia y la acción eclesial está al servicio de la evangelización del reino de Dios, para que toda persona humana pueda ser iluminada, liberada y salvada.

No habrá nunca evangelización posible sin la acción del Espíritu Santo (EN 75). El Espíritu Santo es “Espíritu de vida” (Rom 8,2), “dador de vida” en la historia concreta de las personas, con su deseo de salud y su anhelo de salvación, Paráclito, Consolador y Abogado que nos defiende del mal y nos devuelve la salud.

La Iglesia, pueblo de Dios, cuerpo de Cristo, templo del Espíritu, es básicamente “don de comunión” para servir a la comunidad salvífica de Dios con todos los hombres. Es “sacramento universal de salvación” por ser “signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano” (LG 1). La Iglesia desarrolla esta sacramentalidad “buscando la luz del Evangelio y poniendo a disposición del género humano el poder salvador que, conducida por el Espíritu Santo, ha recibido de su

Fundador”. La acción eclesial encuentra en Cristo el “sentido” de la persona humana en toda su realidad, “de hecho, el misterio del hombre solo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado” (GS 22).

La conexión íntima que se da entre la evangelización y la promoción humana ha sido puesta de relieve por Pablo VI (EN 31-39). Del mismo modo que Cristo hizo de su vida un acto supremo de servicio salvífico y liberador, el que quiera seguirle tiene que estar dispuesto a configurar su existencia como servicio (Mt 20,24-28; Mc 10,43-45; Lc 22,24-27) al mismo Cristo (Jn 12,26) y a todos los hermanos, sobre todo a los más necesitados (Mt 25,40-45).

Las obras de caridad de la Iglesia en el terreno sanitario tiene que ir acompañada de una forma de transparencia que no concentre ni absorba la atención en ella, sino que invite a las personas a prolongar sus miradas a Dios y le glorifiquen (Mt 5,15-16), pensando en que si un miembro sufre algo, con él sufren todos los demás (1 Cor 12,26).

Juan Pablo II afirmó que el hombre que sufre es “sujeto activo y responsable de la obra de evangelización y de salvación”, pues “también los enfermos son enviados (por el Señor) como obreros a su viña” (CL 53-54).

La meditación de la Palabra que ilumine e interprete la vida personal, relacional y colectiva mediante el anuncio del Evangelio, la celebración sacramental, el compromiso de promoción humana, y el testimonio de la caridad y del servicio, son modos de realizarse la evangelización en la vida y en la actividad de cada comunidad cristiana, dentro de un auténtico dinamismo de fe.

Jesús proclamaba la buena nueva del Reino y curaba toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo (Mt 4,23). La pastoral general, y en concreto la pastoral sanitaria, siente hoy la necesidad de recuperar el primado de la evangelización y de adquirir un nuevo impulso misional.

La evangelización incluye renovación de la humanidad, testimonio, anuncio explícito, adhesión del corazón, entrada en la comunidad, acogida de los signos, iniciativas de apostolado... elementos que pueden parecer antitéticos o exclusivos, pero son complementarios y mutuamente enriquecedores. Cada uno de ellos tiene que verse integrado con los otros (EN 24). Así, el término “evangelización” llega a asumir un significado más amplio y articulado, hasta hacerse sinónimo de “misión de la Iglesia”.

En el Nuevo Testamento el elemento constante de la evangelización es el Evangelio: la buena nueva de la salvación, la proclamación de que ya ha llegado el reino de Dios, la revelación del misterio escondido en Dios, el anuncio de la muerte y resurrección de Cristo, de su Pascua, donde se manifiesta plenamente el proyecto de Dios.

El programa fundamental de la Iglesia es revelar a Jesucristo y su Evangelio a quienes no lo conocen, y esto desde la mañana de Pentecostés, asumido como recibido de su Fundador (EN 51). Las diferencias en cuanto a la actividad dentro de esta misión de la Iglesia nacen de las diversas circunstancias en que se desarrolla (RM 33): actividad misionera “ad gentes” donde no se conoce a Cristo ni su evangelio y no hay comunidades

cristianas capaces de encarnar el evangelio en su propio ambiente; en comunidades cristianas ya desarrolladas, estructuradas y fervientes en la fe; en países de antigua cristianidad o en las Iglesias más jóvenes, donde grupos enteros de bautizados han perdido el sentido vivo de la fe o incluso no se reconocen ya como miembros de la Iglesia, en este caso es necesaria una “nueva evangelización” o “re-evangelización”.

La evangelización es siempre testimonio personal y comunitario de la transformación realizada por el acontecimiento de Cristo a través del Espíritu, que viene acompañada por una autoevangelización y de la evangelización de la comunidad eclesial, de una maduración de la misma en la fe. La evangelización debe ser profética, ha de revelar la presencia salvífica de Dios, que no se ha alejado de la historia concreta de las personas, grupos y pueblos, a pesar de las apariencias históricas y culturales. La nueva evangelización debe ser integral a nivel personal y comunitario, que transforme el modo de vivir personal y social, convertir a las personas y llegar a ser fermento de una nueva humanidad, desenmascarando el pecado personal y el pecado social que ha creado estructuras de pecado que oprimen a la humanidad.

La Iglesia como madre ejerce y manifiesta su función maternal particularmente en su acción catecumenal (LG 14.64). Una perspectiva que apreciaban mucho los padres de la Iglesia. La Iglesia no es solamente madre con sus hijos, es además una madre a través de sus hijos. De aquí la corresponsabilidad y misionalidad que han de implicar a todos los miembros de la Iglesia. Que muestra su interés en el primer anuncio de “Cristo Salvador” (RM 44).

La pastoral sanitaria evangelizadora actúa a través de las mediaciones humanas para que los hombres alcancen la plenitud de vida que Jesús anunció (Jn 10,10), sabiendo que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto (Rom 8,22) y espera una salud escatológica, de unos cielos nuevos y una tierra nueva (2 Pe 3,13). En la promoción de la salud se ponen de relieve los acentos de admiración que resuenan en los salmos ante la grandeza y belleza del hombre (Sal 8), o aquella actitud de asombro que sintió Adán ante Eva (Gn 2,22-25).

En la victoria de Cristo sobre la muerte va incluida la promesa de que el Señor “transfigurará nuestro pobre cuerpo a imagen de su cuerpo glorioso, en virtud del poder que tiene de someter a sí todas las cosas” (Flp 3,21). Con la atención a los enfermos, la Iglesia expresa su fe en la resurrección, ayudando al enfermo mientras se deshace el hombre exterior, y se va renovando día a día el hombre interior (2 Cor 4,16). La dignidad y la responsabilidad del enfermo y de sus familiares resaltan su misión evangelizadora (CL 55-56).

Ser cristiano no es adherirse a una idea, sino a una persona, Jesús crucificado y resucitado que sale a nuestro encuentro. Con los sacramentos de iniciación cristiana (bautismo, confirmación y eucaristía) quedan asentados los cimientos de toda la vida cristiana. Los sacramentos de curación (reconciliación y unción de los enfermos) llevan a cabo el encuentro con Cristo médico, médico del cuerpo y del espíritu (SC 5), pues

son los sacramentos destinados a curar “las enfermedades” del cristiano, liberándolo del mal y convirtiéndolo progresivamente a Cristo en la vida nueva del Espíritu. Jesús perdonó los pecados al parálítico y le devolvió la salud del cuerpo (Mc 2,1-12), y quiso que su Iglesia continuase, con la fuerza del Espíritu Santo, su obra de curación y de salvación, incluso en sus propios miembros. Esta es la finalidad de los sacramentos de la penitencia y el de la unción de los enfermos (CIC 1421).

Jesús envió a los Doce a proclamar que el Reino de los Cielos está cerca y a curar enfermos (Mt 10,5.7-8), a predicar que se convirtieran y a expulsar muchos demonios, ungiendo con aceite a muchos enfermos y los curaban (Mc 6,12-13). La praxis evangelizadora de Jesús es seguida a sus órdenes recibidas de él, y la primera comunidad cristiana da muestras de una solicitud particular con los enfermos, lo hace en nombre de Jesús, en comunión con su presencia de Resucitado y con la fuerza salvífica que procede de él (Hch 3,1-9; Sant 5,14-15).

La celebración del sacramento de la unción de los enfermos es signo de que solo en Cristo resucitado puede quedar iluminado y vencido el enigma del dolor, de la enfermedad y de la misma muerte (GS 22), y de que ningún enfermo se verá abandonado por Cristo y la Iglesia.

La unción como todos los sacramentos comunica una gracia particular del Espíritu Santo, cuyo efecto es aliviar y robustecer al enfermo, reunificar su ser desgarrado por la enfermedad, descubriéndole su significado y ayudándole a vivir. Una ayuda a todo el hombre, viviente indivisible, para su salvación integral. Esta asistencia del Señor por la fuerza de su Espíritu quiere conducir al enfermo a la curación del alma, pero también a la del cuerpo, si tal es la voluntad de Dios. Además, “si hubiera cometido pecados, le serán perdonados” (Sant 5,15; CIC 1520).

En el ámbito eclesial, la eucaristía se caracteriza como “fuente y cumbre de toda la vida cristiana” (CIC 1324), “como fortaleza en el dolor y en la debilidad, como esperanza en la desesperación, como lugar de encuentro y de fiesta” (CL 54). También es nueva alianza (Mt 26,28; Mc 14,24; Lc 22,20), memorial (Lc 22,19), ofrenda del don de sí en el sacrificio de la Cruz de Cristo (Jn 19,16-18; Flp 2,6-8), celebra la salvación ofrecida por Cristo con su resurrección y la gloria venidera (Jn 6,51.54.56-57), comunión con los mismos sentimientos de Cristo (Flp 22,5; Rom 8,18-27; Job 16,2), servicio (Lc 22,24-27; Jn 13,4-5.13-15; Gal 5,13; 6,2).

Mariano Ruiz Espejo
Universidad Católica San Antonio de Murcia